

Roger Chartier.
Escribir las Prácticas. Foucault, de Certeau, Marin.
Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2006.

Este libro de Chartier, publicado por primera vez en 1996, se organiza a partir de la recopilación de cuatro ensayos del autor presentados como ponencias en las Universidades de Buenos Aires y Mar del Plata.

Los propósitos centrales que ligan a cada uno de estos trabajos consisten, por una parte, en dilucidar dimensiones de la relación entre discurso (discursos) y prácticas sociales; por otra, en contribuir a la actualización del oficio del historiador como una práctica de construcción de relatos en diálogo con otros saberes. Particularmente, este autor busca analizar como se desarrolla la “construcción social de los discursos” y la “construcción discursiva del mundo social”; contribuir a complejizar la perspectiva de análisis de la dominación y los mecanismos de resistencia y; ampliar, mediante el estudio de las obras de Foucault, de Certeau y Marin, los límites de la disciplina histórica.

A través de los dos ensayos acerca de Foucault, a saber: “La quimera del origen” (1994) y “El poder, el sujeto, la verdad” (1995), Roger Chartier aborda, entre otras, cuestiones tan cardinales para la práctica del historiador como la relación existente entre las prácticas de objetivación desarrolladas por los historiadores y el funcionamiento de los mecanismos del poder; asimismo, la permanencia de hábitos en la disciplina (prácticas disciplinarias ritualizadas e

interiorizadas) que hacen posible la comprensión de los textos con recurso al foco de significado del autor (en Foucault, *función autor*) o a una determinada comunidad semántica convertida en tradición (en Foucault, *comentario*). Estos dos últimos dispositivos constituyen mecanismos de control externo del discurso que producen los historiadores, por tanto, limitan el azar y el carácter subversivo de la disciplina más allá de cualquier toma de partido individual o colectiva. El problema realmente importante en este contexto consiste en relevar la posición del historiador como agencia (generalmente involuntaria) de la dominación, bajo una concepción del poder difusa en lo institucional y coextensiva frente a la totalidad de lo social.

El ensayo correspondiente a Michel de Certeau titulado “Estrategias y tácticas” analiza un conjunto de aportaciones que el autor de *L'Écriture de l'histoire* (1975) y *L'opération historique* (1974) ha realizado para el buen trabajo del historiador. En una innegable correspondencia con Foucault, de Certeau reflexiona sobre la historia como una práctica científica que es elaborada en el marco de ciertas condiciones que la hacen posible y la constriñen simultáneamente. Se trata de destacar la posición institucional del historiador como brazo o extensión del

sistema de poder y apreciar las posibilidades de trastocar este rol.

Dos condiciones parecen determinar el rol del historiador y la posibilidad de trastocar su función política como instrumento del poder. Primeramente, la situación del conocimiento histórico como un particular tipo de relato narrativo que incluye un componente ficcional e ideológico, aunque al mismo tiempo posee estatus y voluntad de verdad. En este contexto, la historia opera como un relato o discurso que desde lo institucional objetiva las representaciones sociales excluyendo en su calidad de objetos bastardos aquellas expresiones de subjetividad resistente o rebelde. Por ejemplo, y como es sabido, de Certeau estudia detenidamente diversas manifestaciones de religiosidad cristiana heterodoxa en los inicios de la modernidad que por su condición no han tenido un lugar legítimo para ser enunciadas. En segundo lugar, Michel de Certeau propone una concepción compleja de subjetividad que históricamente no solo se muestra resistente frente al poder, sino más aún, vencedora frente a las prácticas de control y objetivación desplegadas a través del tiempo desde lo institucional. Una noción semejante de subjetividad, combate cualquier superficialismo, y es posible de enunciar disciplinariamente con el concurso del psicoanálisis, posibilitando el tránsito del acto enunciativo desde el discurso (enunciación rutinaria, inconsciente y excluyente) a la escritura (enunciación reflexiva e incluyente).

Finalmente, el ensayo correspondiente a Louis Marin titulado “Poderes y límites de la representación” publicado originalmente en francés en 1994, analiza la relación entre imágenes y discursos o más específicamente, la “irreductibilidad de lo visible a los

textos”. Refiriéndose a las liturgias y formalidades del poder, Chartier destaca de la obra de Marin la “heterogeneidad semiótica” que hace imposible la univocidad entre la experiencia de los símbolos del poder, su objetivación en los textos y los diversos modos de comprender ambas formas de representación por parte del lector. En esta polisemia y en el conflicto de interpretaciones que determinan la comprensión siempre limitada de la experiencia histórica del poder, Roger Chartier descubre una nueva razón para apoyar la creencia en la victoria de la subjetividad que resiste cualquier esfuerzo de control y dominación total. En consecuencia, “Escribir las prácticas” de Roger Chartier reflexiona por lo menos acerca de tres asuntos centrales para el trabajo de los historiadores. La necesidad de construir una concepción compleja de la dominación que supere los límites institucionales y coercitivos en que habitualmente se le estudia, mediante una noción de poder constructiva (no simplemente prohibitiva) y coextensiva a lo social. Por otra parte, el desafío de superar los límites en la definición del objeto, métodos y lenguaje propios de una concepción disciplinaria estrecha que excluye como condición de existencia, mediante el giro hacia la heterodoxia y la incorporación de categorías de otras disciplinas, principalmente el psicoanálisis. Y en tercer lugar, construir una práctica enunciativa para la historia que permita comprender la heterodoxia, lo marginal y los indecibles presentes en las representaciones de una subjetividad resistente y victoriosa frente a los mecanismos de control desplegados por los múltiples rostros de la hegemonía.

MARCELO MELLA POLANCO